

LA IGLESIA EN LA GALICIA CONTEMPORÁNEA

Desde la más pequeña parroquia rural hasta las más altas jerarquías, la Iglesia católica constituyó en Galicia, limitando ahora la cuestión a Galicia, una sólida institución jerárquica, dotada de gran poder económico, base y fundamento de una formación social capitalista y capaz de constituirse en dinámico y tenaz grupo de presión cuando sus intereses se veían afectados o amenazados. Desde la intimidad de las vidas privadas y de las conciencias individuales, hasta la conciencia de la comunidad, los grupos sociales y las instituciones, el poder de regimentación de la Iglesia católica, ha sido muy fuerte de un modo directo, actuando como titular de los medios de producción, o de un modo indirecto, legitimando el sistema dominante. Su estructura manifiesta le presentaba como institución evangelizadora, interesada en el desarrollo de una conciencia cristiana, en la que los frutos no han sido muy profundos, dada la fuerza con que el poder parroquial inmanente actuó y operó para ofrecer sus alternativas de un modo expreso o de modo solapado (pág. 12). Su estructura latente, de orden económico, en cambio, le da una especial configuración y fisonomía, por lo que, efectivamente, no se puede explicar bien la historia de Galicia sin la presencia de un grupo de presión y de una institución tan eficaz para la consecución de sus objetivos por medio de esa función latente (pág. 227 y ss.).

El exámen de la acción de la Iglesia católica no ha sido hecho con la debida objetividad. Desde dentro no se había hecho nunca con esa intención científica, aunque el esfuerzo de Antonio López Ferreiro ha sido de tales dimensiones que lo que en principio era una historia de la Catedral de Santiago se convirtió en una auténtica historia de Galicia. Desde fuera ha sido mucho más difícil de hacer esa análisis de la Iglesia gallega, en unos casos, porque el apasionamiento ha predominado sobre ese ideal de objetividad científica, y en otros y tan largos periodos históricos

tiene un excepcional poder y una capacidad de maniobra muy intensa. Por eso, cualquier intento de estudiar, procesar o examinar una institución tan poderosa es siempre valioso, tal como ahora lo entienden Magariños y Carballo

El poder de regimentación profunda de la Iglesia católica se asentó, especialmente, sobre su presencia inmediata en los menores núcleos de población, controlando de un modo directo la comunidad local. El Estado liberal tuvo muy poca perspicacia en este aspecto. Fomentó el diputado cunero, alejado de los problemas y los intereses de la comunidad, por lo que siempre usó de un poder artificial, desvinculado de la población. Estimuló o consistió que las profesiones liberales practicasen el más descarado absentismo: escuelas sin maestros durante cursos enteros, registradores invisibles, abogados a la espera en la villa o la ciudad, ingenieros tecnócratas, ajenos al campo, burócratas sin conexión con la realidad, han dado como resultado una desproporción muy clara entre la Galicia real y la Galicia formal. Sólo el médico y el cura, quizás por razones distintas, pero ambos con poder adquirido por su presencia directa, han ejercido una labor de inmediatez en la comunidad local y han conectado con alguna profundidad en la parroquia rural de Galicia. Por eso, en determinados momentos, es fácil confundir, aún siendo cosas muy diferentes, la parroquia civil, con un poder inmanente propio, con la parroquia eclesiástica, con una esfera de poder que para el campesino se le manifiesta en muchos casos como subordinada a la primera.

El poder de la Iglesia Católica en Galicia fue, pues, un poder piramidal, asentado sobre una ancha base campesina, rigidamente regimentada, y establecida sobre unas elites eclesiásticas dispuestas a mantener ese poder aún en las más difíciles circunstancias históricas. La técnica del uso de ese poder y de su incremento se basaba en la acumulación informativa de la comunidad. El rector parroquial estaba en posesión del secreto de la comunidad, por estar en posesión de los secretos individuales, y quien domina el secreto, domina a la comunidad. Ese secreto tiene en el grupo primario un alto valor cohesivo o disgregador y puede tener consecuencia tan graves como el descrédito o la expul-

sión moral de la comunidad. Cuando, además, se le añade una constelación de premios y sanciones temporales, ese secreto adquiere un valor de excepcional capacidad dominadora y regimentadora. Si las clases altas de la escala jerárquica preparaban el esquema de acción y ofrecían las directrices, correspondía al líder inmediato su aplicación y su interpretación práctica. A causa del alejamiento entre las concepciones de la jerarquía, o de la oligarquía, y la realidad social y las circunstancias históricas, en muchas ocasiones se produjeron disensiones, interpretaciones locales y puntos de vista que sin llegar a la desobediencia, presentaban cierto dinamismo en el ejercicio de la dominación (pág. 261). Por eso, como sucede con cualquier formación social, es preciso el estudio más cuidadoso desde el horizonte empírico, para concretar lo mejor posible ese comportamiento dominante sobre la es-



tructura local que, también con frecuencia, era capaz de alejarse de aquellos principios y postulados doctrinales o dogmáticos.

El tamaño de la entidad parroquial favoreció la inmediatez del cura en el ámbito rural, y, al propio tiempo, constituyó un esquema duradero, al que se le ha cambiado muy poco, por temor inconsciente, pero bien advertido, a que las innovaciones pudieran alterar el esquema impuesto de un

modo pragmático. Hasta la II República los arreglos parroquiales databan del siglo XIX o de los primeros años del siglo XX. En Lugo se habían realizado en 1891, en Mondoñedo en 1896, en Orense en 1893, en Santiago en 1866 (modificando en 1929 con la creación de una parroquia en La Coruña y la unión de otras dos) y en Tuy en 1904 (pág. 100). El proceso de urbanización desarrollado en el siglo XIX incidió muy poco, pues, sobre una distribución territorial tan unida a la formación social dominante desde la Edad Media. De tamaño más bien pequeño, estas entidades parroquiales alcanzaban a unos 800 habitantes por término medio hacia los años próximos a 1860 y llegaban a 1212 en los años cercanos a la II República. Es decir: núcleos pequeños, sobre los que una autoridad inmediata y permanente, no absentista, podría tener conocimiento y arraigo suficiente para controlarlos y dominarlos eficazmente. En unas entidades territoriales bien delimitadas, inalterables frente a cualquier circunstancia histórica, el concepto de residencia en el lugar era una «ley sacratísima» y en ocasiones para cortas ausencias era preciso el permiso del obispo, prohibiendo expresamente García García, en 1932, a los curas de Tuy trasladarse «in regionem lusitanam» (Pág. 256-7).

El cura de la parroquia rural gallega se desenvolvía, por tanto, en una curiosa situación de ambivalencia. Por un lado, él mismo era de extradicción campesina, llevado a los seminarios en temprana edad como única salida posible para estudiar una carrera, «corta» o «larga», sin excesivos dispendios familiares. La relación entre minifundio y acceso seminarial no ha sido suficientemente estudiada, como una solución al estudio de aquellos que no podían acceder a las clásicas carreras mayores de abogado o de médico. Por otro lado, tenía que renunciar a su identificación con el medio social inmediato, para presentarse con la aureola de la autoridad carismática, a la que es importante cierto distanciamiento. Parte de la desobediencia oculta o solapada de abades y rectores ha estado presidida por desequilibrios entre estos dos roles o papeles sociales, por un lado el de vecino y familiar, amigo y coterráneo, y por otro lado, el de autoridad distanciada, escrutador de comportamientos y modelador de voluntades. A la jerarquía el

problema se le planteaba de modo inverso (pág. 343). Se produjo, desde la Edad Moderna, una clara «extranjerización», que le permitía trazar las reglas y dictar las órdenes sin tener en cuenta el medio para el que se dictaban o establecían (págs. 106-108, 141-2). El modo como el cura inmediato las interpretó o las aplicó está relacionado con este problema del absentismo jerárquico frente a la inmediatez de la bse parroquial.

De un modo muy minucioso, Francisco Carballo y Alfonso Magariños, dos curas gallegos, han visto estos y otros problemas de la Iglesia católica en Galicia. Han visto la disfunción entre la que llaman Iglesia jerárquica y aquellas minorías de la Iglesia que buscaban otras soluciones, que les parecía que las oficiales no eran las adecuadas y que los caminos seguidos comprometían el futuro, el respeto y el prestigio de tan poderosa institución. Han visto el poder de irradiación ideológica de la Iglesia sobre instituciones fundamentales, como la Universidad de Santiago (pág. 433). Han estudiado muchos problemas concretos de **status**, riqueza, clase social de los curas y afines de Galicia. Omiten toda esta bibliografía de última hora que hemos ido dando a conocer algunos investigadores, sobre temas muy concretos de tipo administrativo y político, pero se debe, quizás, al momento en que redactaron el trabajo. Por ejemplo, no deja de ser chocante que citando como citan «El Estatuto de Galicia», del que es autor el que escribe, recojan los datos del plebiscito de otra fuente, cuando en ésta se publican los datos oficiales (pág. 589-90). Desde dentro, sin maniqueísmo (otros colegas suyos hacen de la historia gallega, lucha entre buenos y malos, como diremos en otra ocasión), han sabido ofrecer esa lucha entre una institución regimentada dentro de una formación social establecida y su imposibilidad para adaptarse y reproducirse en el medio social, económico y político de los nuevos tiempos. Para poder hacer luego la historia de esta organización regimental es imprescindible contar con estudios hechos desde dentro, sin apasionamiento ni demasiados temores. Con este libro se da un buen paso en este sentido, sobre todo para comprender un momento crucial de la historia nuestra. ■ **BALDOMERO CORES TRASMONTE.**

LA EVOLUCION DEL ARTE EN EL SIGLO XX

El mundo del arte y de la cultura, como resultado de la dinámica social rica en transformaciones cualitativas que tuvieron lugar en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, tuvo una evolución profunda y produjo toda una serie de innovaciones en la trayectoria que hasta entonces había seguido. Dos variables fundamentales se conjugan en la aparición del fenómeno novecentista: significado y función del arte. El estudio de la interacción de ambas puede ayudar a comprender mejor su expresión en los distintos campos en que aparecen sus manifestaciones.

Precisamente a analizar estas manifestaciones y los diversos medios políticos y sociales en que se dan, dedica un interesante trabajo Valeriano Bozal (1), estudioso del tema del arte que ha hecho valiosas aportaciones al conocimiento de su desarrollo y expresión, tanto en la Península Ibérica como en su evolución internacional, desde la aparición de su primer libro en 1970. Este nuevo trabajo, que ha levantado alguna polémica por su utilización del término «vanguardia», analiza el surgimiento de estos modos de expresión renovadores teniendo en cuenta no sólo las dos variables que se han mencionado más arriba, sino su inserción en la historia a base de distinguir entre la época previa y la posterior a la Segunda Guerra Mundial, fenómeno que el autor considera en su trascendencia político-social más que en la bélica.

Con respecto a los primeros cuarenta años del siglo, Bozal distingue claramente entre dos orientaciones que se dan en la vanguardia artística: la construcción de un nuevo lenguaje plástico, y la crítica y rechazo de la realidad cotidiana y de la estructura social. Aunque ambas orientaciones se fundían finalmente en las obras, ya que la construcción de un nuevo lenguaje plástico implicaba, también, el rechazo de lo anterior y lo

(1) Valeriano Bozal: «El Arte del Siglo XX: La construcción de la Vanguardia, 1850-1939». Ed. Edicusa. Madrid, 1978.